

De abismos y rebeldes es el título con el que Alina Granados (A Coruña, 1966) se presenta en la compostelana galería Metro en su primera individual en este espacio. Pues abismales, gigantes y rebeldes olas se yerguen en torbellino ante la mirada de los espectadores, como si fuesen a engullir a quienes se acercan inquietos ante semejante fuerza arrolladora de tan potentes lienzos.

Su relato visual comienza en los orígenes con una pieza que equivale a todo emprendimiento desde el caos y el desorden. Así, podemos ver un gran manchón negro atravesando diagonalmente el espacio, tal como si de un tablón desprendido de algún naufragio se tratase; se interpone al espacio como potente tropezón de densa pasta pictórica; irrumpe en la tela impidiendo ver la contemplación física marina, y a cambio la convierte en pura contemplación abstracta.

LA FUERZA MARÍTIMA O CÓSMICA equivale casi a la manera de ser de la artista, alguien que trabaja sin boceto previo, experimentando siempre, hurgando y escarbando el lienzo como si de un trabajo arqueológico se tratase y descargando en él su vitalismo embaucador, ese que emana de dentro, de un interior en el que no habita el sosiego ni la paz del espíritu y sí una marejada muy al unísono con el paisaje que le inquieta.

Utiliza la autora la fuerza del mar bravío atlántico y con salitre; sabe obtener partido de esos juegos de olas intrépidas y turbulentas que se retuercen en marejada y al son de su indómita fuerza creativa. Ambos propósitos -los de la autora ejercitando el acto creativo con todas sus facultades corporales en activo, y la naturaleza indomable- consiguen dotar a la mayoría de sus composiciones de un misticismo trágico, como imagen de un mundo totalmente desconocido y desconcertante que no obstante contiene una poesía profunda e íntima.

EL TRAZO INICIAL, lanzado sin mediar razón o cálculo, que hierde como un gran tajo la superficie del lienzo, se vuelve más cuidado y mimado en otras series, cuando son trabajadas con aceites y algodones o con disolventes y lejías para suavizar y diluir sus potentes empastes. En ocasiones los hace desaparecer y solo queda a la vista lo que verdaderamente le interesa, y que felizmente resuelve al mostrar naturalezas marinas más sutiles pero ancladas siempre a una imagen que se percibe sublime.



ALINA GRANADOS: DESDE EL ORIGEN HASTA EL ENCUENTRO CON CARONTE

TEXTO *Fátima Otero. Crítica de Arte*

Esta cualidad que introduce el romanticismo le interesa sobremedida a la artista coruñesa. Sublimos son las series de cargados nubarrones a punto de descargar, sus olas al albur, como la poses de esta pintora corporal, manejando su torso ella misma. No necesita a un Yves Klein detrás que embadurne su torso con pintura, ya que es ella quien se empapa al propio tiempo que el lienzo.

Y generalmente lo hace con la tela dispuesta en horizontal para volcar sus impulsos al ritmo del ruido de estropajos, esponjas o lo que le venga a la mano, ya para despararrar pintura por aquí y por allá, ya para lijar materia que sobra. Recurre así a artilugios manejados por Pollock, revisando posibles marcas halladas o urdiendo entresijos entre muros parietales de desmesurado poder subyu-

gante ante el que se enaltece tan inquieto espíritu.

CON SU LICENCIATURA EN HISPÁNICAS y ensayista en arte, ha investigado para sus críticas artísticas y para su propia disciplina en determinadas obras del pasado. Se nota con evidente claridad que se ha detenido en los escalofriantes incendios marinos de Turner, se ha rendido al magnetismo de las obras de Rothko o Herbert Brandl y disfruta con la majestuosidad y potencia del medio natural.

Tal vez por ello, cuando se atreve a atisbar un mínimo de presencia humana ésta también participa de la naturaleza de sus atormentadas secuencias marinas e introduce a Caronte de por medio. Nadie mejor que él para encarnar la naturaleza virulenta del personaje más desdichado de la mitología griega, encargado de cruzar ince-

santemente la laguna Estigia con su bote para transportar las almas de los muertos que se dirigen al Hades.

Pero el Caronte de la artista coruñesa se reduce apenas a mera intuición. Su figura se sugiere entre tinieblas y fuegos rojizos infernales. Sólo adivinamos su supuesta complejidad y sus brazos eternamente empujando los remos al infinito pero con la audacia suficiente para ir sorteando los obstáculos del abismo.

ASÍ PRESENTA A ALINA A CARONTE, abriéndose paso entre llamas y sombras encendidas, intentando alcanzar el destino desconocido. Para ello, la autora ambienta la escena tan sólo con claroscuros y sfumattos muy machaconamente estudiados, que salen solamente de su mano, sin uso alguno de pinceles y son capaces de

reflejar las tensiones espirituales del momento.

Nerviosismo, duda e inquietud que llegan al espectador y le hacen reflexionar. En eso consiste una buena pintura, aparte, claro, de su técnica. Anécdotas aparte, el día de la inauguración Alina ofreció a los asistentes al acto una instalación de chocolatinas, en las que cada visitante se llevaba una; no con el fin de pagar al barquero sino como talismán de la buena suerte.

Esa que la artista le desea a toda persona de bien. Y por tal razón, más que detenerse en la laguna Estigia de un Patinir, o en la imagen de William Blake de su Caronte y las almas condenadas, Alina Granados se ha detenido en la de Lord Dunsany. Tal vez porque con él ha sucedido lo imposible: guiar al último hombre de la tierra por los recodos del Hades.